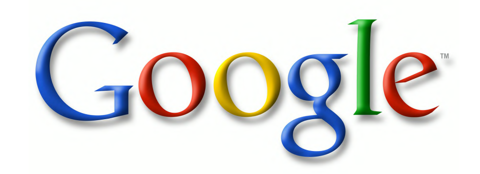


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

## Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

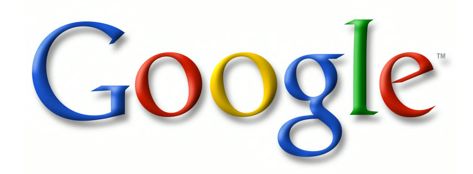
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

## About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/




### Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

### Normas de uso

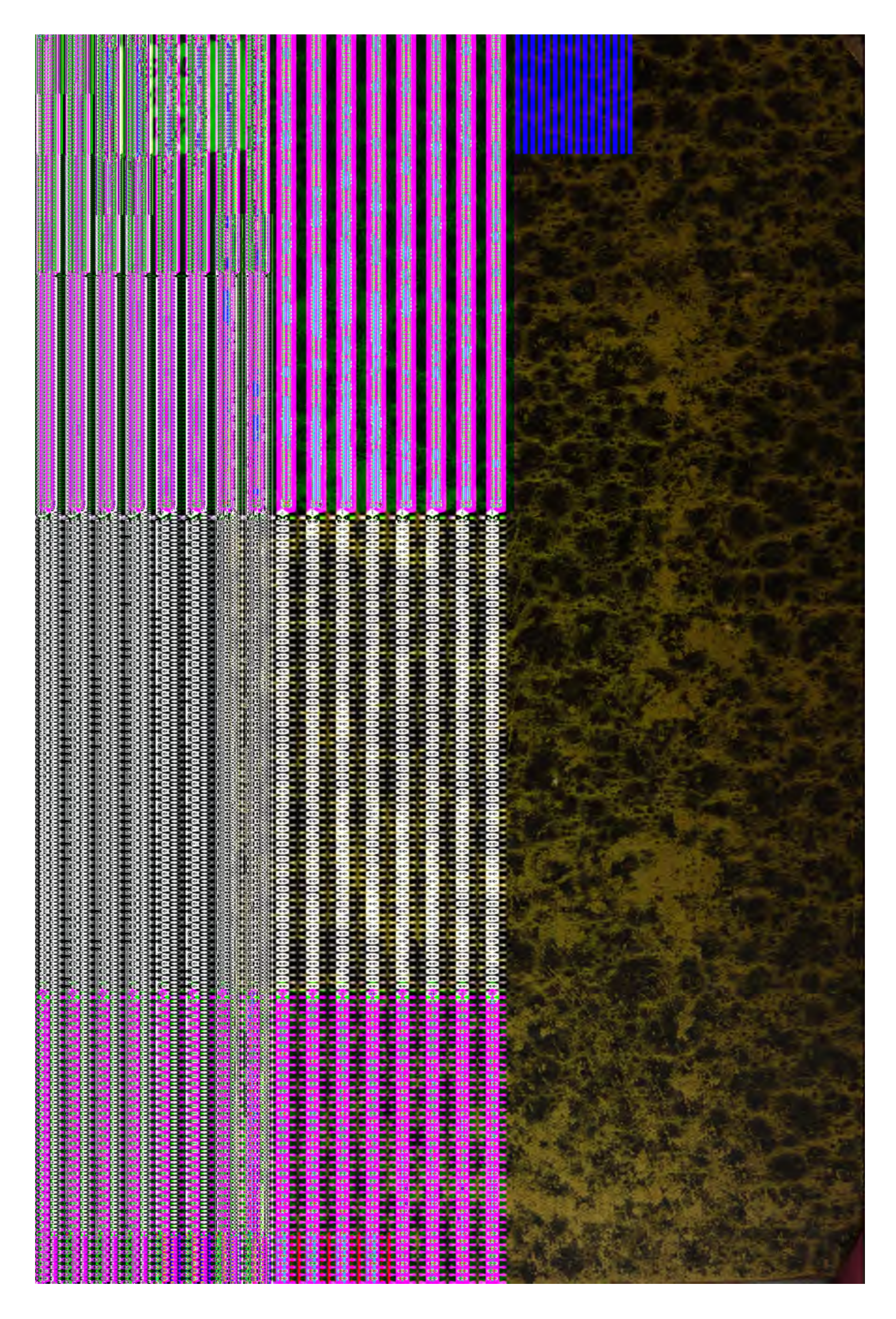
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

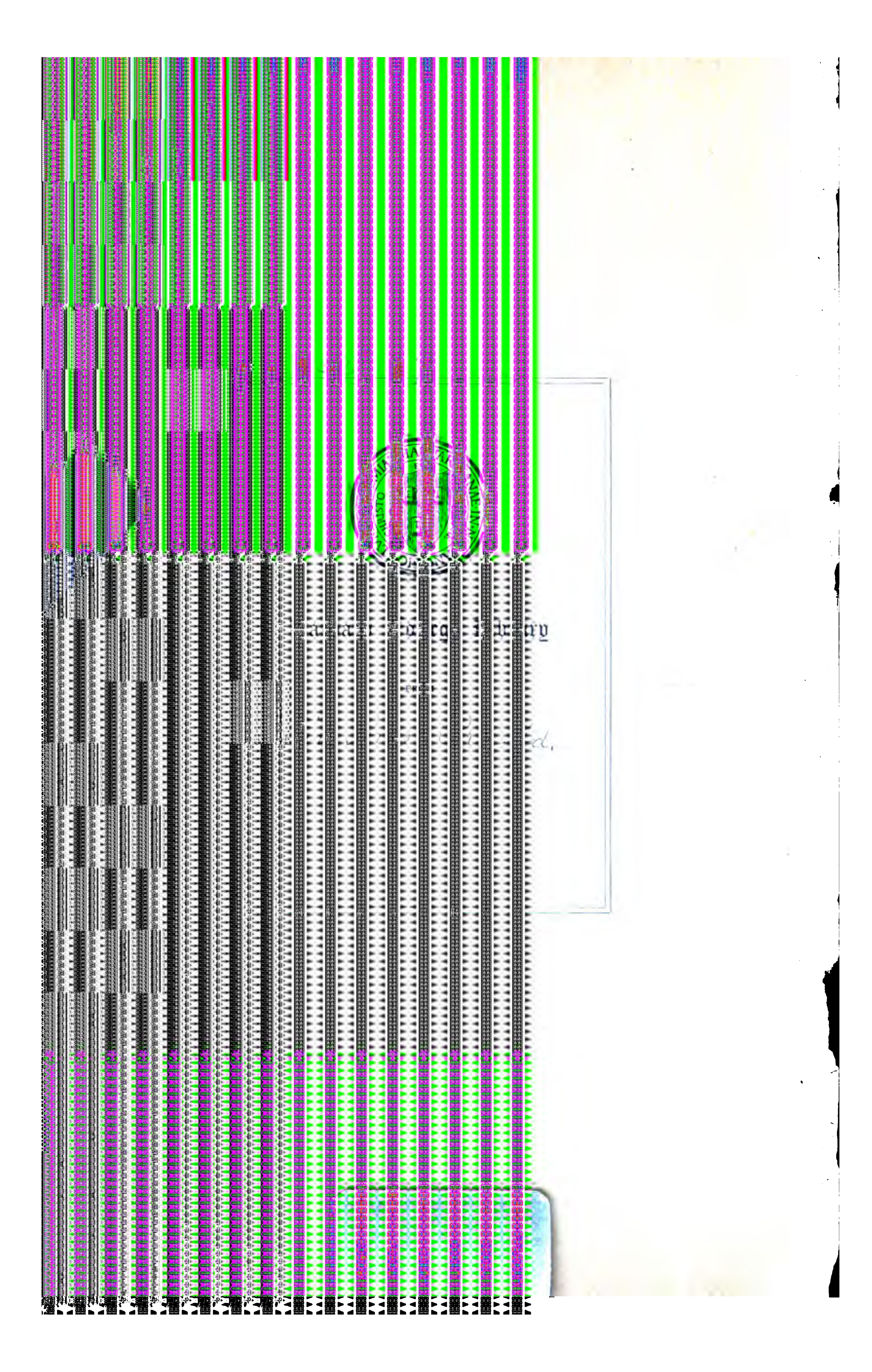
Asimismo, le pedimos que:

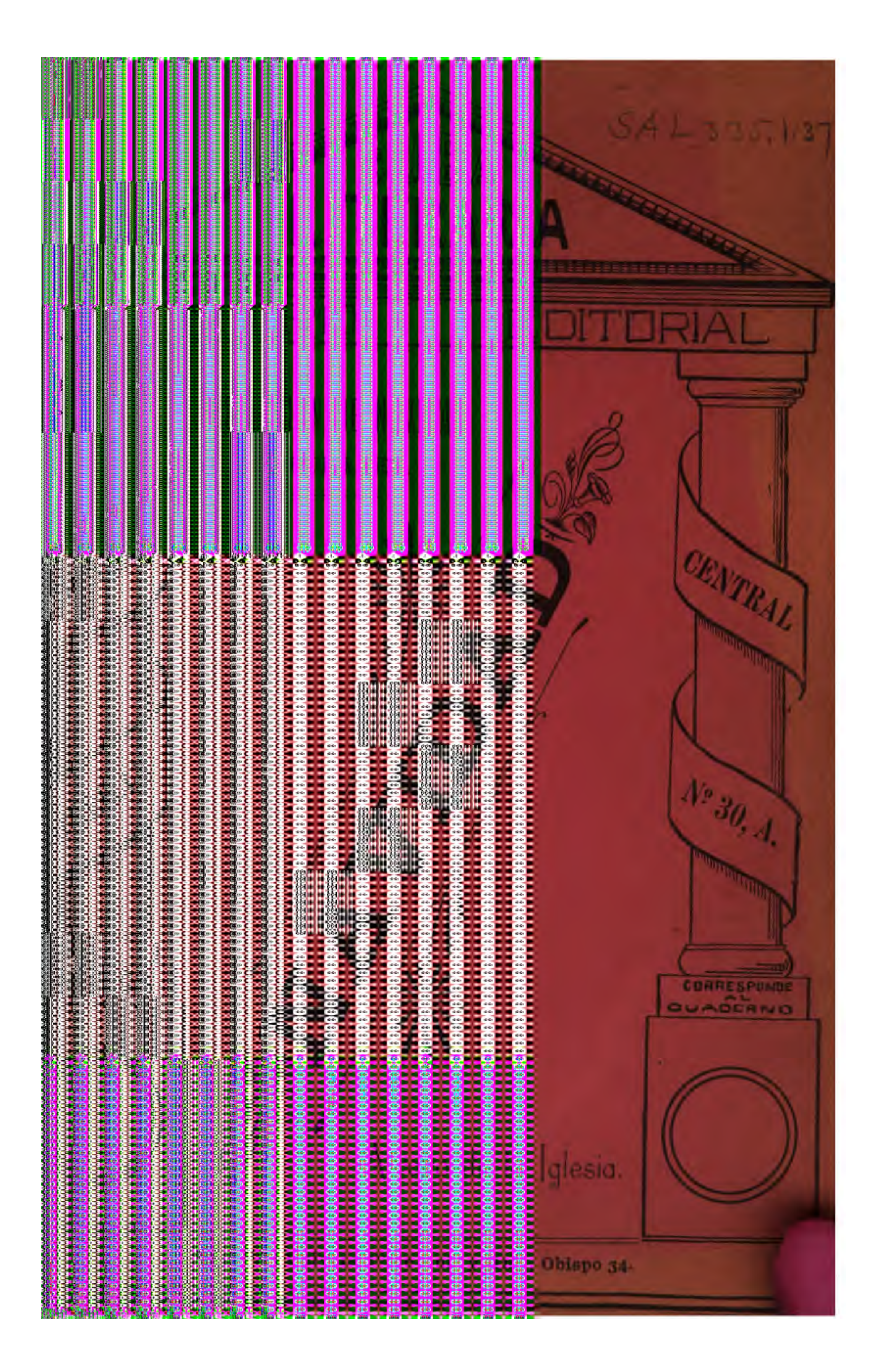
+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

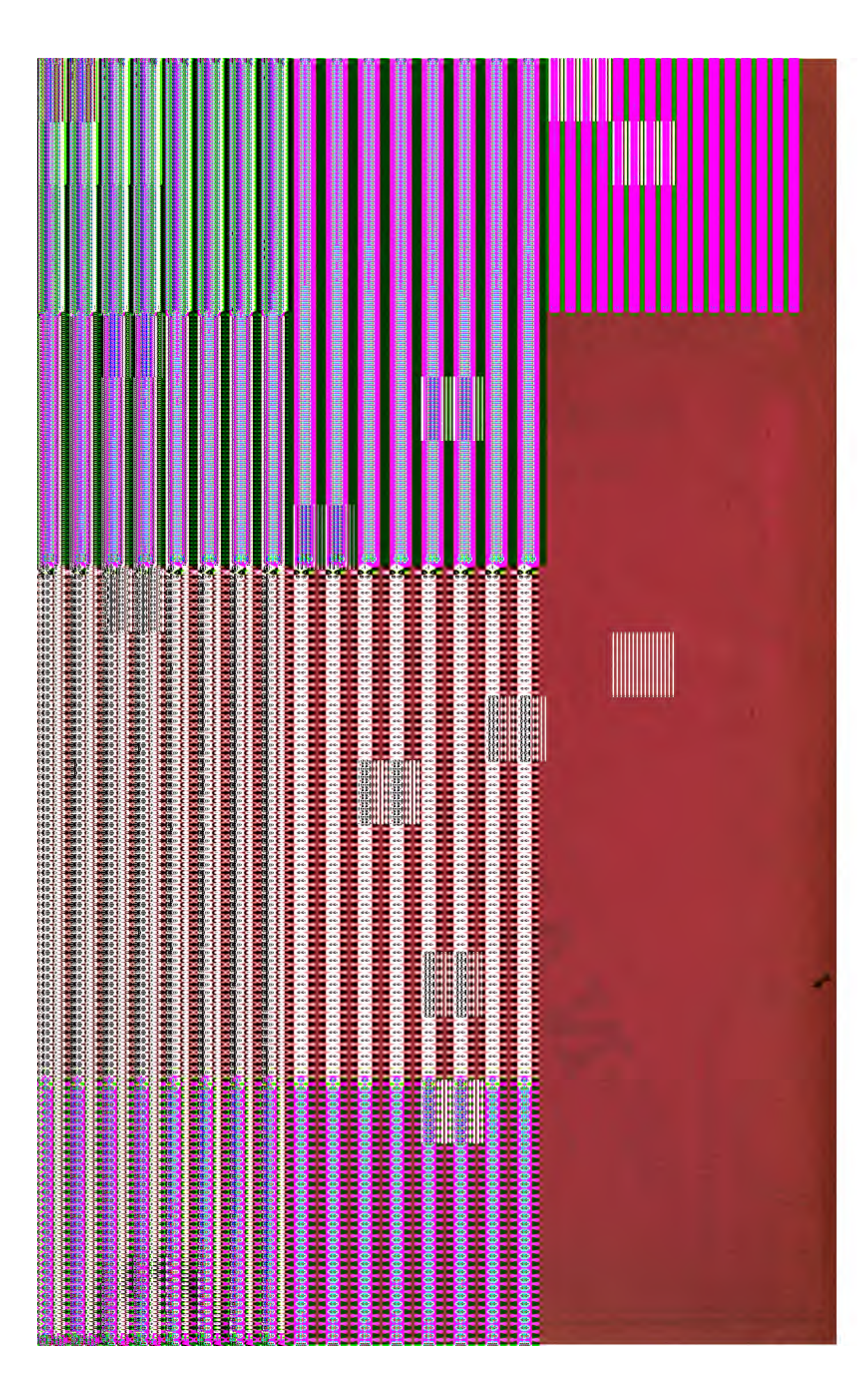
### Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`






SAL 335.1/37
A
DITORIAL
CENTRAL
Nº 30, A.
CORRESPONDE AL CUADERNO
Iglesia.
Obispo 34.



# DE NAVIDAD

---

## HISTORIA DE UN BILLETE PREMIADO

# DE NAVIDAD

## HISTORIA DE UN BILLETE PREMIADO

POR

Alvaro de la Iglesia.



HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y HERMANO

OBISPO NUM. 34.

1900.

SAL 3351.37
3 My 1917
Latin Amer. Prof. fd

Este libro es propiedad de su Editor. Se prohibe la reproducción.

# DE NAVIDAD

## I.

### DE VIAJE.

Caballero... ¡las seis!... ¡es hora!... vamos, levántese que aún tiene que cerrar los baúles...

A estas voces, lanzadas por el camarero de la fonda en que me había hospedado á mi llegada á Barcelona, desperté sobresaltado el 15 de Diciembre de 187...

Y es preciso que ponga al lector en antecedentes de mi vida, para la mejor comprensión de las aventuras que voy á referir.

Soy hijo de un honrado comerciante francés establecido durante largos años en la Ciudad Condal. La fortuna que siempre acompañó á mi padre en sus negocios comerciales, me permitieron no solamente recibir una educación completa sino llevar en mi juventud una vida disipada. De pronto la suerte cambió radicalmente; la casa de mi padre hizo un *crac* ruidoso, se vió con-

cursado y entregado después á la miseria cuando ya no se hallaba en edad de lanzarse á nuevas empresas, y su ruina vino á sorprenderme cuando disfrutaba en París de una existencia pródiga en alegrías.

Con dolor de mi corazón abandoné aquella hermosa capital y me trasladé á Barcelona, donde encontré á mi infelíz padre casi agonizante. Remordióme entonces la conciencia por no haber endulzado con mi cariño y mi solicitud los últimos momentos de su vida; pero ya no era tiempo de arrepentirse y me limité á escuchar con atención los postreros encargos que el autor de mis días creyó necesario hacerme antes de abandonar este mundo.

—Mira Ricardo:—me dijo con voz apagada—he hecho todo lo posible por dejarte una fortuna á la hora de morir. Dios no lo ha querido y solo te dejo un apellido honrado, triste patrimonio en este siglo que prefiere un presidiario con dinero á un caballero sin blanca.

Yo escuchaba á mi padre persuadido de que á la hora de la muerte se vé mas claro que nunca, dispuesto á cumplir las recomendaciones del pobre viejo que me hablaba con gran trabajo sujetando débilmente una de mis manos entre las suyas temblorosas.

—Tu porvenir, hijo mío—continuó—está en América. Allí el que es emprendedor y perseverante levanta con facilidad una fortuna y puede retirarse á buena edad. En aquel continente existen menos preocupaciones que en Europa, nadie te conoce, puedes colocar-

te, para empezar, en el empleo más modesto sin que sufras bochorno: ahí en mi gaveta hallarás unos cuantos cientos de pesos que he salvado del naufragio terrible de mi fortuna. Cuando yo haya muerto, embarcate para América y verás como no te pesa. Toda nuestra familia fué siempre afortunada. Yo mismo he vivido bien hasta la vejez. Tu no has de ser la excepción. Una voz secreta me dice que no tardarás en ser rico y este es el consuelo que llevo al otro mundo. Juega algo á la lotería, no haciendo del juego un vicio sino una operación mercantil. Algunas veces la fortuna quiere que se le busque, que se le moleste para abrir el cofre de sus dones. Veinte pesos se gastan en cualquier cosa: prefiere tu gastarlos en ese juego que no tiene tantas quiebras como los otros y no lleva envuelta la miseria de sus semejantes ni la ruina de una familia.

Mi padre, después de esta postrera entrevista conmigo, vivió pocas horas. Rendido el tributo cristiano debido á sus restos, recogí los limitados fondos que me había dejado, vendí el pobre mobiliario que existía en casa y preparé todo para mi viaje al nuevo mundo, á cuyo efecto me trasladé á la fonda, teatro en que se desarrolla la escena con que da principio este capítulo.

—¿Pero á que hora zarpa el vapor, Juan?—pregunté al sirviente.

—Oh... yo no sé de fijo; pero calculo que allá para mediodia......

—¿Y si sale á mediodia para que me despiertas á las seis de la mañana, estúpido?

Juan mostróse confuso. En verdad no era suya toda la culpa, porque yo le había ordenado la víspera que me llamase temprano. En fin, ya estaba levantado y para no aburrirme me eché á la calle.

Barcelona sin ser París, es una de las ciudades más animadas y alegres de Europa. Su inmenso tráfico, su movimiento de enjambre activo y laborioso, hace avergonzarse al holgazán, al hombre que pierde el tiempo sin utilidad para sí ni para sus semejantes. Recorriendo aquellas calles y avenidas, sentí un impulso secreto que me empujaba á demandar al trabajo una fortuna. Pero hijo de un capitalista, no me sentía, á la vez, con fuerzas para iniciar mi aprendizaje en una capital donde todos me habían conocido como caballero.

Cerca de los muelles ví un cartel que decía en letras gordas: «SORTEO DE NAVIDAD» *Medio millón de pesetas. Quedan pocos billetes.*

Recordé entonces la recomendación de mi difunto padre, penetré en el despacho y pedí un billete entero.

—¿Le agrada á usted éste?—me preguntó solícito el lotero.

—Me es indiferente el número—respondí al tiempo que ponía sobre el mostrador el importe del billete.

—Pues mire usted—repuso el negociante fijando las gafas sobre la nariz y examinando el papelito portador de la fortuna—si creyere usted en cábalas lo preferiría á otro número cualquiera. Y sino, vea usted..... es el número *20297*, se juega el dia 20 y suma 20.... Aún buscando mas coincidencias—añadió tomando un

lápiz y escribiendo el número 20297—tiene usted que dividido por 10 dá 20 por cociente y 29, cifras incluidas en dicho número, con la fracción 7 que es el con que termina y multiplicando por......

Como comprendí que por el camino de la cábala el buen hombre llegaría á demostrar todo cuanto se le antojara, guardé el billete en mi cartera y abandoné el despacho, dirigiéndome á la casa de los señores Consignatarios del vapor con objeto de enterarme de la hora exacta de salida. Había tomado pasaje para Veracruz en uno de los mejores buques de la *Atlantic Steam Navigation Co.* una de las mejores líneas que hacían la travesía de Centro y Sur de América.

Hasta las doce no debía hallarme abordo con mi equipaje para zarpar á las tres. Ultimé los preparativos, envié mis baúles á la Agencia, almorcé con regular apetito, porque á los veintiseis años las preocupaciones y los disgustos afectan poco al estómago y después de decir adios á los contados amigos de mi padre que me habían demostrado afecto en el desquiciamiento de mi fortuna, me hice conducir al vapor ansioso ya de verme en alta mar para contemplar diferente espectáculo.

El *Lusitania* era un magnífico trasatlántico de 4.500 toneladas de registro y 3.000 caballos de fuerza. Cuando llegué abordo sus dos grandes chimeneas humeaban y los cabrestantes lanzaban chirridos agudos elevando el resto de carga que faltaba á su estiva. Venía de Génova y después de descargar las mercancías que trajera para Barcelona, recogía las destinadas á Valencia, Má-

laga, Cádiz, Las Palmas de Gran Canaria, Puerto Rico y Veracruz, puntos de escala. El viaje era ameno en su principio por el cambio constante de cuadros. Prometíame, pués, algunos dias agradables en el Mediterraneo, resuelto á visitar los alegres puertos en que el vapor se detuviera.

Los primeros momentos en un gran buque próximo á levar anclas, son de confusión y de trastorno. Aún no se han deslindado los campos por decirlo así, y el pasajero no sabe á ciencia cierta quienes son sus compañeros de viaje y quienes las personas que regresarán á tierra después de cumplida la misión que momentáneamente las condujo abordo.

Esta confusión terminó cuando inició su primer movimiento el hélice del *Lusitania*. Apartáronse de su curso lanchas, botes y remolcadores y á los diez minutos abandonábamos el puerto de Barcelona, alumbrado y embellecido por un explendoroso sol que templaba la baja temperatura de aquel dia de invierno. Cuando abandoné el puente de la cámara de segunda, en que había tomado camarote, la campana llamaba al comedor. Penetré en él curioso por conocer á las personas con quienes iba á hacer vida común algunos dias. Ocupé mi puesto en la mesa, entre un extranjero, al parecer inglés y un sujeto sin nacionalidad aparente, por que no despegó los labios durante toda la comida. Nadie se ocupaba en él ni él parecía preocuparse de nadie.

Enfrente ocupaban sus asientos una corta familia. Era un matrimonio ya entrado en edad, con su hija,

hermosa joven que podría contar diez y seis ó diez y ocho años. Los demás comensales, en su mayoría del sexo masculino permanecieron silenciosos durante la comida, preocupados tal vez con sus propios asuntos ó tristes por la ausencia de los afectos que abandonaban.

En la cabecera se sentaba el primer oficial ó sea el segundo del capitán, inglés locuáz y comunicativo que con el matrimonio y yo mantuvo la animación en la mesa. Por mi educación y mi trato con toda clase de personas, era yo entonces un carácter franco y abierto, más inclinado á la broma y la alegría que á los pensamientos serios. Al parecer caí simpático al oficial Mr. Pearson, que hablaba medianamente el castellano, lo mismo que mi compañero de la izquierda, el inglés que ya mencioné y huelga decir que fuí igualmente bien recibido por la familia que se sentaba al frente, gente sencilla y amable, sobre todo Laura, la muchacha que parecía hallarse en sus glorias por contar con un compañero de mesa jóven y galante, como yo lo era.

Trece horas, no más, tardamos en llegar á Valencia á la velocidad constante de doce millas y media por hora. Anclamos en puerto á las cuatro de la tarde, próximamente, del dia 16. Debíamos detenernos allí tan solo hasta las diez de la noche, por cuya causa, renuncié, con gran sentimiento, á bajar á tierra.

Desde la toldilla, acompañado de otros pasajeros, pocos, porque el mareo había hecho ya estragos en las filas, permanecí con la vista fija en aquel precioso puerto que el sol poniente alumbraba con meláncólicos re-

flejos. Valencia es el jardin de las Hespérides. Cuantos han tenido la dicha de visitar esa linda ciudad que descansa á la orilla, bañada por las aguas transparentes del Mediterráneo, convienen en afirmar que en todo el mediodia de Europa no existe cuadro más bello ni más atrayente para el viajero.



II

## ¡EL PREMIO GORDO!

En las primeras claridades de la mañana del dia 18 anclamos en el no menos pintoresco y alegre puerto de Málaga, célebre por la belleza de sus mujeres, por sus boquerones y su manzanilla. Como el *Lusitania* no zarpaba hasta las diez de la mañana bajé á tierra, ansioso de recorrer una población de la cual tanto bueno han dicho cuantos acerca de ella han escrito en todas las épocas.

Conmigo quisieron hacer la excursión tres compañeros de cámara: uno de ellos, el misántropo que se sentaba á mi derecha y que siendo poco más ó menos de mi propia edad mostrábase siempre silencioso y huraño al extremo de no haber cruzado media docena de palabras desde que salimos de Barcelona.

Nunca me ha gustado intimar de repente con compañeros de viaje. Generalmente viajan muchos pillos, criminales fugados, jugadores fulleros que sacan la ba-

raja al tiempo de pisar el puente del vapor y no la envainan hasta llegar á puerto. Abordo se intima pronto, por condición de la propia existencia que se hace allí y sin querer, puede uno contraer relaciones con algun perdulario cuya amistad no le honre. No todo el que viste de levita es caballero y muchas veces sucede todo lo contrario. No debe extrañarse, pues, que permaneciera yo apartado los primeros dias de toda relación, limitándome á las de pura cortesía con mis compañeros de viaje. Cuando pisamos el muelle, los que bajaron conmigo se alejaron cada uno por su lado y yo después de haber recorrido la ciudad durante un par de horas, volví á bordo.

Poco después de almorzar levó anclas el *Lusitania* rumbo á Cádiz. Abordo se notó la ausencia de los tres pasajeros que habían conmigo saltado á tierra; pero aunque fué objeto aquella ausencia de comentarios, á nadie sorprendió. Lo regular era que hubiesen tomado el tren para Cádiz, con objeto de esperar allí el arribo del vapor, regresando entonces abordo. No obstante tal explicación, me chocó que quienes no habian demostrado entre sí la menor intimidad, realizasen de repente una excursión semejante. Lo que más me sorprendía era la asociación del misántropo á tal empresa. Quien no había, durante los días de viaje, demostrado interés en íntimar con nadie, ¿como de pronto trababa amistad con dos desconocidos?

Siempre me atrajo lo raro, lo extraño, lo que no tiene fácil explicación y en este caso me propuse descubrir aquel misterio.

Pocas horas tardamos en recorrer las 132 millas que separan á Málaga de Cádiz. Deteníase allí el *Lusitania* seis horas con objeto de dejar alguna carga y cuando estaba terminándose esta operación, á las ocho de la noche proximamente, hicieron su aparición en la cámara los tres pasajeros del cuento, quienes fueron á ocupar sus camarotes mostrando la mayor indiferencia á las preguntas que se les dirigieron. Mi compañero de la izquierda, el que yo llamo misántropo y que al fin averigué llamarse Mr. Charles, (era otro inglés) se contentó con mover la cabeza al preguntarle Laura si se había divertido. Aquel hombre ó era un puerco-espín ó era mudo.

A las nueve y media de la noche del día 18 de Diciembre, zarpaba el vapor de la bahía de Cádiz, con una marcha sostenida de 13 millas, empezando á sentirse los primeros bandazos del rudo tiempo que hacía á la salida del Estrecho.

Pronto se normalizó la vida de abordo ya inaugurada una travesía en pleno Atlántico la cual había de terminar en las Palmas de Canarias. Dada la velocidad que llevaba el *Lusitania* solamente dos días largos tardaríamos en ver puerto si continuaba el buen tiempo. La tablilla de la cámara decía: *De Cádiz á Las Palmas: 685 millas. Velocidad: 12½ millas.*

La atracción que ejerce el bello sexo sobre el hombre, es siempre poderosa; pero me figuro que es mucho más poderosa que en tierra en el mar. La presencia de una mujer presta un atractivo considerable á la mo-

notonía de la navegación, ya en tertulia, ya á las horas de las comidas, ya en paseos que se llevan á cabo en la toldilla y que resultarían insoportables si una risa argentina no les prestara su encanto.

Tal vez por esto, fuí desde el primer día inseparable acompañante de la excelente familia de que hice mención al principio de esta historia. El señor Baronet, jefe de la familia, era un industrial valenciano á quien había sorprendido, ya retirado de los negocios, en Barcelona, la muerte de su hermano mayor establecido hacía muchos años en Méjico y que no habiéndose casado, lo dejaba por único heredero de su fortuna. Para realizar ésta, le era preciso trasladarse á Méjico y al manifestárselo á su esposa, ni ésta ni su hija quisieron dejarlo partir solo á tan lejanas tierras. Dirigíanse, pues, todos tres á América, llenos de temor por la prolongada navegación; pero también ansiosos por conocer una tierra de la cual habían oído contar maravillas.

Laura, sobre todo, mostrábase encantada por aquel viaje que constituiría la impresión imborrable de su vida. Sus preguntas por lo tanto, eran incesantes y yo procuraba contestarlas echando mano de todos los conocimientos adquiridos en materia geográfica.

—¿Pero es cierto que en el país á donde vamos anda la gente en cueros?—preguntaba asustada Dª Visitación, recatándose de Laura para que ésta no se ruborizase.

—Hasta cierto punto es verdad, señora—respondía yo—hay zonas de territorio en donde la civilización no

ha logrado aún penetrar, es decir, donde aún la gente es felíz, y en ellos no abundan los ciudadanos de levita...

—Pero en carnes, amigo mio... sin unos malos calzoncillos...

—Algunos llevan plumas en la cabeza, mi buena amiga... Allí el sastre no ha logrado mantener una regular parroquia y ha desistido de imponer el figurín.

—Y dígame usted, señor Ramírez—me interrogaba Baronet mostrandose como receloso—eso de que hay allí comedores de carne humana, será un gran embuste...

—Oh... seguramente... aunque se conoce el usurero y el negociante de pagas, no se come gente... se limitan esos buenos señores á ponerla encueros vivos...

Cerca de nosotros, sentado en una silla de extensión, permanecía horas y horas con la gorra caida sobre los ojos, el hombre que nunca hablaba y no muy lejos aquellos dos que lo habían acompañado en su excursión de Málaga á Cádiz.

Más de una vez sorprendí entre ellos, ó al menos me pareció sorprender, miradas de inteligencia. Una vez creí ver que Mr. Casvell, el inglés comunicativo que se sentaba á mi derecha en la mesa, dejaba caer un papel arrugado en las manos del misántropo. Esto me hizo no perder de vista á Mr. Charles, convencido de que entre aquellos tres prógimos que se hacían los desconocidos, mediaba cierta inteligencia.

La casualidad me hizo reafirmarme en mis sospechas. La familia Baronet había descendido á la cámara, á consecuencia de sentirse molesta por el frio, cuan-

do Mr. Charles, que permanecía como entregado al sueño, cerca de mi sillón, dejó caer del bolsillo, al sacar el pañuelo, una bolita de papel que vino á parar á mis pies. La recogí con disimulo y bajé á mi camarote cuyo farolito se hallaba ya encendido. Entonces, con asombro, pude leer las siguientes frases escritas con lápiz.

*«¿Y qué relación tiene ese joven Ramírez con la familia que vá á recoger la herencia? Es preciso averiguarlo.»*

Me hallaba en posesión de uno de los hilos conductores de la trama y me propuse apoderarme de los demás. Subí de nuevo á la toldilla y hecho una bola arrojé el papelito bajo la silla de extensión de Mr. Charles. No me pesó lo hecho. Aún no habían transcurrido tres minutos cuando el inglés verdadero ó fingido se despertó, metió la mano en el bolsillo y al notar la falta del papelito, se inclinó recogiéndolo del suelo. Echó sobre mí, después, una rápida mirada y se entregó de nuevo á su soñolencia.

Y bien, ¿qué sociedad tenebrosa era la de aquellos tres hombres? ¿Qué fines perseguían al pretender enterarse de quien era yo como antes se habían enterado de quien era la familia Baronet y que iba á buscar á Méjico? Eso era lo que tenía yo que averiguar.

Tentaciones me dieron de poner en conocimiento del excelente señor Baronet mi descubrimiento; pero después de pensarlo un rato me decidí á guardar silencio. Sin querer, iba á amargar la dicha de aquella bue-

na familia sobresaltándola y haciéndola temer peligros en los cuales no habían soñado. Lo que sí me propuse no perderlos de vista, protegerlos constantemente y velar para que no fueran objeto de alguna celada al saltar en tierra.

Cincuenta y cinco horas de navegación invirtió el *Lusitania* en recorrer la distancia que media entre Cádiz y las Palmas. El día 21 á las siete de la mañana llegamos á puerto, no debiendo detenernos en él más que cuatro horas, porque el vapor tenía suficiente repuesto de carbón y no llevaba carga considerable para aquella hermosa población, una de las principales del Archipiélago.

Solamente un oficial de abordo bajó á tierra para entregar ciertos documentos en el Consulado.

A la hora de almorzar, dos horas antes de que el *Lusitania* levara anclas rumbo á Veracruz circuló por la mesa un suplemento á *El Eco de las Palmas*, que había traído de tierra el oficial ya mencionado. Dicho suplemento insertaba los premios mayores del sorteo de Navidad celebrado el día anterior en Madrid.

—A ver si alguno de ustedes se ha sacado la lotería española—dijo con su acento peculiar Mr. Pearson alargando la lista á la familia Baronet.

Yo no juego nunca, amigo mio—repuso el industrial valenciano.

—Oh, eso le pasa á todos los ricos—dijo riéndose el oficial—la Lotería no se ha hecho mas que para los pobres.

Había llegado á mis manos el suplemento y no quise resistir á la tentación de mirar el número de mi billete. Lo extraje de mi cartera y lo desdoblé con la desconfianza de todo jugador que va á recibir un desengaño.

Pero ¡oh sorpresa inaudita! El primer número del suplemento era el que yo tenía desplegado delante de los ojos. ¡El 20.297!...

Miré á derecha é izquierda con estupor y sorprendí los ojos de Mr. Charles fijos en mi billete, igualmente que los ojos de Mr. Casvell, mi compañero de la derecha.

—¡Eh!—preguntó el señor Baronet fijándose en mi turbación—¿se ha sacado Vd la loteríe?

—Nada memos que el premio gordo, si este suplemento no está equivocado—respondí con acento trémulo.

—Bah...... eso es una broma—exclamó Mr Pearson.

—No es broma--dije levantándome y poniéndole ante los ojos el billlete.

—Calle...... pues es cierto ..... Yo felicito á Vd. por su buena fortuna. ¡Medio millón!......

Los comentarios se sucedían unos á otros y entonces; confirmando la tradición de que todo billete premiado tiene su historia, referí yo con sus pelos y señales la escena ocurrida anta el lotero barcelonés y yo,sin omitir la recomendación que al morir me había hecho mi padre.

¡Aquello era asombroso!...... Un hombre que aban-

dona su patria para hacer fortuna en lejanas tierras y la suerte va á encontrarlo en medio del Atlántico para decirle: —No sigas...... vuélvete...... ya eres rico.

En celebración del suceso destapáronse algunas botellas de champagne que yo pagué y la conversación, durante algunas horas versó sobre los caprichos de la fortuna y las sorpresas que reserva la lotería á los que en ella tienen fé ciega y la siguen sin cansarse.

Cuando me levanté de la mesa me llamó Mr. Pearson.

—Caballero—me dijo—es una imprudencia que V. lleve encima una fortuna. Venga V. conmigo á ver al Capitán, el cual mediante recibo, le guardará en la caja de valores ese billete.

—¡Quien sabe!—dije con desaliento—Tal vez la lista original me reserve un terrible desengaño.

—No es de colegir, amigo mio—me interrumpió Mr. Pearson—¿No dice usted que compró su billete en Barcelona?

—Si, señor......

—Pués aquí está bién explícito: 20.297—dijo enseñándome el suplemento—vendido en Barcelona......

—Cierto: el telégrafo puede equivocarse alguna vez; pero no es lo más corriente.

Siguiendo el consejo del segundo, me dirigí acompañado por él á la cámara del Capitán y con todas las formalidades de rigor le hice entrega del billete guardando en mi cartera el recibo.

Cuando volví á hacer mi aparición en la Cámara

de segunda, aún se hablaba de mí locamente entre los pasajeros. En un rincon, echado sobre el divan corrido, estaba Mr. Charles que me miró de soslayo. No lejos de él, también echado, se encontraba Mr. Casvell. El tercer socio no lo ví por parte alguna.

---

## III.

## LA GAVILLA EN CAMPAÑA

PARA disfrutar de la necesaria independencia durante mi viaje y evitarme á la vez estrechar por fuerza relación con personas cuyo trato no me agradara, había tomado un camarote solo para mí. Era uno de los que daban frente al pequeño estrado de la cámara de segunda, lo cual me permitía escuchar todas las conversaciones, echado en mi litera, oir el piano y recogerme casi sin ser notado cuando lo creía oportuno.

Aquel dia, tal vez por efecto de la sorpresa recibida, lo pasé muy molesto y en cuanto cayó la noche me fuí á acostar.

A través de la puerta llegaban á mis oidos las conversaciones del pasaje que celebraba su habitual tertulia, los lances del juego (pues allí se jugaba dia y noche) y las alegres risas de Laura que siempre estaba contenta como un pájaro.

Sin sentir yo por ella una pasión, confieso que me

atraía en gran manera su sencillez y aquel encanto no estudiado que se desprendía de toda su persona.

Era ligeramente morena y tenía unos ojos negros y rasgados que denunciaban su procedencia meridional. También ella parecía haberme encontrado de su gusto si he de juzgar por las largas horas que se mantenía á mi lado sin dormirse ni siquiera bostezar.

Sus preguntas giraban siempre sobre América, como deseando satisfacer la incalculable suma de curiosidades que guardaba acerca del país que pisaría dentro de pocos dias. Yo procuraba referirle cuanto recordaba haber leido en los libros acerca del antiguo imperio Azteca, relatos que no solamente Laura sino también sus padres escuchaban con gran atención.

Varias veces sentí aquella noche pronunciar mi nombre en la cámara. Tal vez se ocupaban aún en comentar mi fortuna y en nacer historia sobre los casos curiosos que cuenta la lotería desde que se inventó, que no sé á ciencia cierta la fecha.

Yo me había dormido y habían transcurrido ya muchas horas, porque al abrir los ojos, por efecto de un ligero ruido, la cámara siempre animada estaba silenciosa. El rumor que me hizo abrir los ojos, parecía partir del cerrojo de la puerta que yo consideraba haber cerrado. Permanecí sin moverme y con el oido atento. Un fuerte empujón dado á la puerta no me dejó abrigar duda. Alguien pretendía entrar con violencia, al ver que el cerrojo no cedía á la presión de las manos.

Entonces encendí luz y abriendo de pronto me lan-

cé á la cámara. A favor de la lámpara que ardía en el salón descubrí un bulto que tomaba la escalerilla de cubierta. Me pareció que era Mr. Charles y corrí tras él. Cuando llegué á la toldilla entre los cuatro ó cinco pasajeros que dormitaban en sus sillas de extensión, se hallaba Mr. Charles con la gorra caida sobre los ojos como de costumbre. No podía haber sido él quien empujara mi puerta, no obstante, permanecí pegado á uno de los gallineros en espectativa. Pasados diez minutos y al ver que nadie se movía, descendí á la cámara y penetré de nuevo en mi camarote. Mi levita estaba sobre la alfombra. Tal vez la había arrojado yo con la violencia de mi salida. Cerré la puerta y me acosté. El silencio era profundo y no tardé eu conciliar el sueño; pero esta vez agitado é intranquilo.

Una pesadilla horrorosa me hizo despertar al poco rato, calculo yo, lanzando gritos. Soñaba que Mr. Charles y Mr. Casvell me sujetaban por los pies y por la cabeza y después de haberme despojado de mi billete se preparaban á arrojarme al mar desde la toldilla.

Laura suplicaba en vano que no me matasen; pero los dos asesinos, sonriendo con ferocidad, le volvían la espalda resueltos á dar fin á mis dias.

La impresión que me produjo esta pesadilla fué profundísima. Tardé más de quince minutos en tranquilizarme y después de haber tomado una copa de ron y un vaso de agua, renuncié al sueño por el resto de la noche y subí sobre cubierta.

Los pasajeros que había dejado echados sobre sus

sillas de extensión continuaban en igual actitud y mi presencia no fué notada. Permanecí en la toldilla, distrayendo la imaginación de los tétricos pensamientos que me había inspirado la pesadilla referida y al amanecer, cuando todo se despierta abordo, volví á la cámara donde el pasaje se entregaba á sus ocupaciones ordinarias.

No pude notar en los tres socios que me empeñaba en creer bandidos de la peor estofa, la más mínima impresión al verme. Lo mismo Mr. Charles que su oculto compinche Mr. Cosvell, tomaban su café con la mayor tranquilidad y respondieron naturalmente á mi saludo, el primero con una ligera inclinación de cabeza y el segundo con los acostumbrados «buenos días».

Algo más tarde hizo su aparición en el salón la familia Baronet, preguntándome todos con la mayor solicitud si había estado enfermo. Laura, sobre todo, mostróse cuidadosa por mí, hallando extraña aquella desaparición repentina de la noche anterior que yo expliqué, pretestando un violento dolor de cabeza. Una vez más estuve tentado á decirles que se guardaran de los tres sospechosos ingleses que nos vigilaban y que no imaginaban seguramente nada bueno; pero me contuve y quedé silencioso.

El Sr. Baronet me llamó entonces aparte para decirme que en la noche anterior habían querido forzar la puerta de su camarote. Era esto para él incomprensible; pero se lo explicaba por la equivocacion de algún pasajero qué, ya apagada la lámpara del salón, confundiría las puertas.

La confidencia del señor Baronet, me puso á mí aún más en cuidado de lo que ya lo estaba.

—Amigo mío—le dije—en los trasatlánticos viajan muy amenudo hombres de la peor calaña, dedicados al timo y al robo. Algunas veces se cometen á bordo verdaderos crímenes... Debe Vd. cerrar bien su puerta y no perder de vista su camarote si lleva en él valores ó documentos de importancia.

El señor Baronet al oir esto se quedó petrificado. No podía creer que en una sociedad escogida y amable como aquella, se escondiera el delito.

—Sobre todo, desconfíe Vd.—añadí—de Mr. Charles, de Mr. Casvell y de ese otro inglés que con ellos parece no tener la menor relación y que no obstante, me consta ser amigo. Son los tres pasajeros que tuvieron la humorada de bajar á tierra en Málaga y trasladarse á Cádiz por el ferrocarril... ¿recuerda Vd?...

—Perfectamente lo recuerdo, amigo mío—me respondió el señor Baronet.—No ha dejado de llamarme la atención aquel incidente que antes atribuía á un capricho; pero que ahora, con los informes que Vd. me dá, quiero atribuir á una confabulación criminal.

El honrado y sencillo industrial valenciano, creíase ya preso entre las tupidas mallas de una gavilla de malhechores y por todas partes veía barbas postizas y empuñaduras de cuchillos y de revólvers.

—No es necesario alarmarse por ahora—le dije con ánimo de tranquilizarlo.—Tal vez se trate solamente de unos timadores vulgares que atisban la oca-

sión de hallar un camarote abierto para apoderarse de un reloj ó de una cartera...

Pero el mal estaba ya hecho: la alarma sembrada en el poco animoso corazón de Baronet, y desde aquella mañana noté que jamás abandonaba la cámara y que había llevado su acostumbrada tertulia frente por frente de la puerta de su camarote.

Recelaba de cuantos se le aproximaban y en sus ojos podía leerse el miedo que por entero lo poseía. Como si este aspecto del viejo comerciante hubiese puesto sobre aviso á la cuadrilla, noté que Mr. Casvell y Mr. Charles no paraban diez minutos en el salón formando desde por la mañana una piña en la toldilla, entregados al sueño, á la lectura ó á la contemplación del mar que desde las primeras horas se mostraba turbulento anunciando un temporal.

En efecto, cerca de las doce el oleaje había tomado grandes proporciones y la violencia del viento hacía rechinar los palos y las járcias. Todo el mundo descendió á la cámara, perdiendo ésta, sin embargo, aquella animación que le era característica, porque el anuncio de mal tiempo no es para despertar la alegría en los que van embarcados.

Además, los que hasta entonces habían resistido valientemente al mareo, se rindieron á discreción, notándose en la mesa los lugares vacíos de cuantos sufrían en sus camarotes esa horrible molestia. En este número se contaban la señora Baronet y Laura á las cuales atendía el Sr. Baronet, por cuya causa desapareció también de la tertulia.

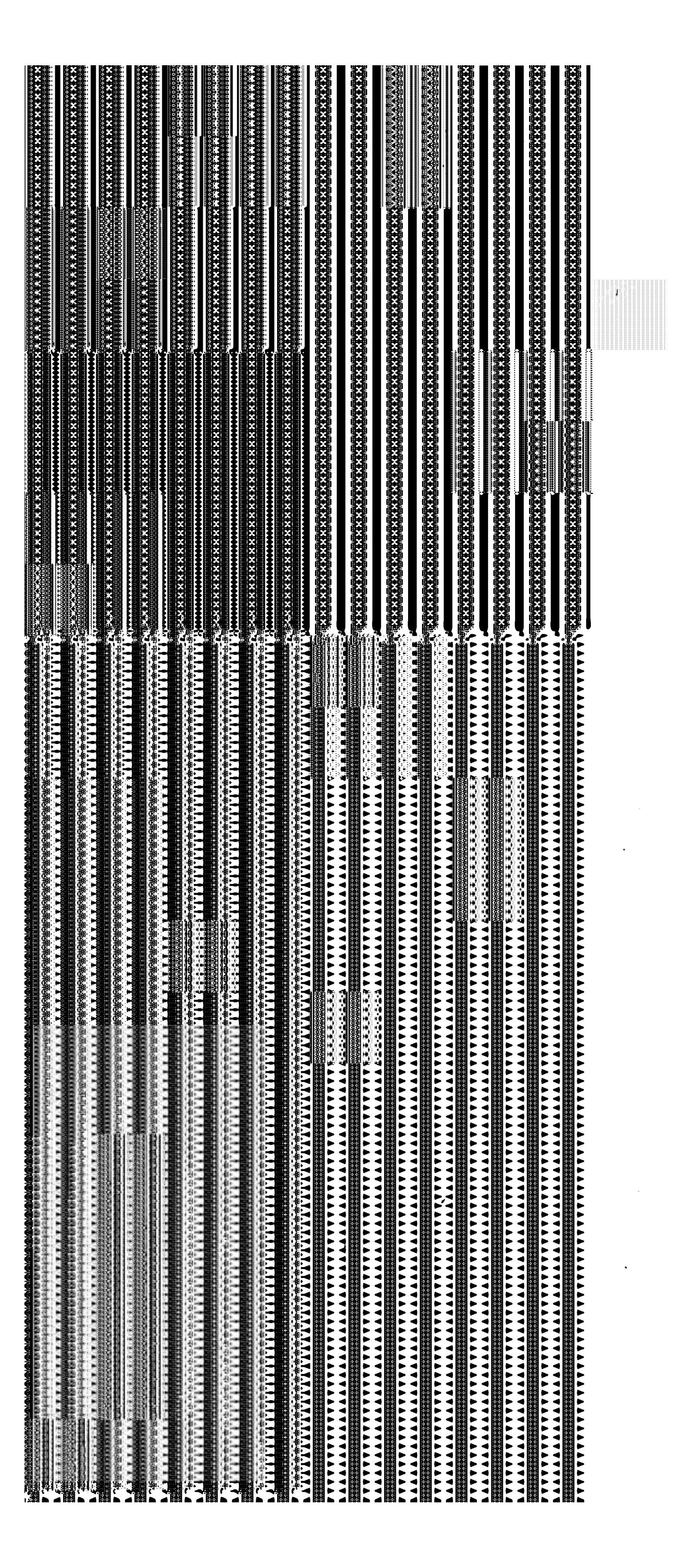
Nos hallábamos muy próximos ya á entrar en el Golfo de Méjico y por lo tanto cercanos al término de nuestro viaje cuando el tiempo que había sido bellísimo en casi toda la travesía, fruncía el ceño y se preparaba á darnos un disgusto.

—¿Cuantos dias podremos tardar en echar el ancla en Veracruz?—pregunté á Mr. Pearson al tiempo de almorzar.

—Creo que unos cinco dias escasos—me dijo—á menos que uno de los temporales frecuentes en estas latitudes no nos eche por tierra el cálculo.

—¿Cree Vd., entonces—añadí—que suframos un temporal?

—Hasta hace poco creí que no; pero ahora he cambiado de parecer en vista de la rápida bajada del barómetro y del caríz del mar. Pero no se amilane Vd.—repuso sonriéndose—es Vd. muy afortunado para temer á un naufragio. El vapor que conduce el premio gordo, no es posible que se vaya á pique....



## IV.

## ROBADO Y ..... ¡LOCO! ...

A las veinticuatro horas estábamos corriendo un temporal deshecho. El *Lusitania* con su enorme corpulencia de 4.500 toneladas era juguete del viento y de las olas que hacían estragos en su cubierta y su arboladura.

El mar barría la obra maestra, formando verdaderas cataratas en las escotillas y arrancando de cuajo y llevándose en su retirada, botes, gallineros, cubos, montones de járcia... Una confusión horrible reinaba abordo. Los pasajeros más animosos se paseaban nerviosamente por el salón: los más pusilánimes ó hacían preguntas necias ó postrados por el pánico, parecían masas inertes sobre los cogines.

A cada rato se abría la puerta de un camarote, para dejar ver una, dos ó tres cabezas asomadas que después de lanzar en torno una mirada de estupor, volvían á desaparecer. Estaba prohibido el acceso á la cubierta

y esto triplicaba la ansiedad y la incertidumbre. ¿Que ocurría allá arriba? Un estrépito infernal llegaba hasta la cámara, los vasares de loza y de cristal se venían abajo con espantable ruido. Parecía como que se hubiese desatado un infernal fluido que hacía agitar todos los objetos, que arrojaba al dormido al suelo desde el sofá ó desde la litera, que daba el aspecto de gentes beodas, que no pueden sostener los pies, á cuantos se lanzaban á recorrer un trayecto de cuatro varas.

A la hora de almuerzo no pudo ponerse la mesa. Los camareros, con gran trabajo, condujeron desde la despensa un cesto de provisiones al que se hizo muy poco honor. Solamente Mr. Pearson y otro inglés atacaron con apetito las fiambres, rociadas con frecuentes tragos de ron y de wiskey.

—¡Eh!...—exclamó el oficial con acento de buen humor—¿todo el mundo ha perdido aquí el apetito?...

—Todo el mundo menos Vd. capitán—dije desde el extremo del diván en que descansaba.

—Pues claro que sí, amigo; el que ha de alojar probablemente una cantidad considerable de agua en el estómago, es conveniente que coma algo antes...

Me estremecí. Mr. Pearson creía seguro un naufragio. Me acerqué trabajosamente al estóico marino y le pregunté á media voz:

—¿Pero es que el *Lusitania* corre peligro?...

—Y grave—me dijo—hace una hora que sus calderas se han apagado y ya no gobierna sino á medias.

—¡Jesucristo!—exclamé—entonces estamos irremisiblemente perdidos.

—Ya verá Vd. como aún consigue cobrar su billete de Madrid—repuso con semblante congestionado por el alcohol.—Tiene Vd. mucha suerte para que á última hora le falte un bote ó un salvavidas.

Buen consuelo. Mr. Pearson estaba borracho y hablaba sin fundamento. Yo que sabía nadar malamente, que jamás me había hallado en trance semejante, ¿podría acertar con los medios de salvación en el caso de un naufragio?

De pronto se me ocurrió que de irnos á fondo, se iría lógicamente mi billete premiado que descansaba en la caja de valores del buque. ¿Porqué no ir á reclamarlo y tenerlo conmigo? Me lancé á la escalerilla y apartando bruscamente al marinero que me cerraba el paso, desemboqué en la cubierta.

¡Que espectáculo horrible y á la vez imponente se mostró ante mis asombrados ojos!... El mar barría al *Lusitania* de babor á estribor levantando nubes de agua tamizadas que helaban las carnes. Toda la cubierta era un montón informe de trastos que rodaban de un lado para otro batidos por las olas. Parte del espolón de proa había desaparecido y la gavia destrozada sacudía latigazos en el aire al impulso de un viento huracanado de una violencia prodigiosa.

En la maniobra, habían desaparecido arrastrados por las olas, tres marineros, y el tercer oficial de abordo amarrado con fuertes cuerdas enfrente de la casilla del timonel, daba las voces de mando con bocina, sin que pudiera aún así hacerse entender de la tripulación, que

calada hasta los huesos luchaba á brazo partido con los desencadenados elementos.

No había sol: una ténue claridad de crepúsculo, no obstante ser mediodia, daba al cuadro un aspecto de tristeza indescriptible. Aquellos marineros parecían fantasmas negros que se movían en una espesa atmósfera blanca. Era como un adelanto al cuadro que, tal vez una hora más tarde, se desarrollaría en el fondo del golfo.

A gatas, como un irracional, crucé cayendo y levantándome, aterido por el frio y el agua el largo espacio que me separaba de la cámara de primera, desde el alto de cuya escalerilla me desplomé al fondo.

Igual cuadro que ofrecía la cámara de segunda se mostró ante mí. Mujeres y niños que lanzaban ayes desde el interior de los camarotes, familias agolpadas en los rincones, abrazados como en una postrer despedida, hombres de semblante huraño á quienes el egoismo hacía pensar en la hora suprema de ¡al agua los botes!... para entonces atropellar al debil y sacrificar al amigo ó al pariente.

Como un fantasma, tropezando en los grupos y en los muebles atravesé el salón y tomé la escalera que conducía á la cámara alta del capitán del *Lusitania.*

—¿Osté que buscar aquí?—me preguntó con semblante mal humorado Mr. Scoll.

—Capitán — balbuceé — estamos amenazados de naufragar y vengo á recoger el billete de lotería que constituí en depósito.

Y sacando la cartera del bolsillo interior de mi chaqueta empapada, busqué en sus compartimentos el recibo que me había entregado á cambio de mi billete.

Me había sentado en el suelo; á la turca, y entre tanto Mr. Scoll apuraba su botella de licor, yo rebuscaba entre otros papeles sin dar con el dichoso resguardo.

—¿Lo habré perdido?—pensé.—Es extraño, porque para nada he tocado á la cartera desde que guardé el documento.

Mr. Scoll me contemplaba á través de la tupida cortina de sombras que debía de tener en el cerebro á causa de sus frecuentes libaciones.

—¡Oh!—exclamó por fin—Osté no poder encontrar su recibo...... no poder encontrarlo...... imposible.

Y lanzó una estruendosa carcajada que resonó lúgubremente en la reducida cámara.

—Pues no creo que pueda haberlo perdido—repuse yo impaciente volcando el contenido de la cartera sobre el encerado piso y abriendo uno á uno todos los papeles.

Mr. Scoll seguía riendo y mirándome, á la vez que se metía entre pecho y espalda tres ó cuatro copas.

—¡Oh... señor—dijo limpiándose los labios con la manga—¿como poder osté encontrar su recibo, si ya habérmelo entregado hace tres días?

De un salto me puse de pié, como si me hubieran aplicado un cauterio.

—¿Qué dice Vd. capitán?...

—La verdad, señor...... ¿no vino osté hacer tres dias y recoger su billete?...

—Vd. miente como un miserable y pretende robarme descaradamente—rugí dispuesto á estrangular á aquél depósito ambulante de alcohol.

Mr. Scoll se levantó trabajosamente de su taburete se acercó á la caja fuerte que estaba empotrada en el muro opuesto de su camarote, la abrió y demostrando que es una verdad como un templo lo de que el borracho no pierde nunca el sentido, me mostró abierto, el recibo que yo creía guardar, horas antes, en mi cartera.

No se lo que pasó por mí. Una nube de sangre cegó mis ojos y me arrojé sobre el capitán aporreándolo y machacándole el duro cráneo con una de las botellas vacías que andaban rodando por el suelo.

El estrépito de cristales rotos, los gritos y las maldiciones de Mr. Scoll que había concluido por curarse de la borrachera con el ejercicio á que le obligué, no pudieron por menos de llamar la atención del camarero que se hallaba medio dormido al pié de la escalera y que subió precipitadamente para bajar al instante dando voces de que un pasajero trataba de asesinar al capitán.

Corrió la noticia como un reguero de pólvora y á los pocos instantes seis forzudos marineros nos habían separado no sin trabajo, manteniéndome sujeto para que nuevamente no me lanzara sobre Mr. Scoll.

Este, verdaderamente espantado por la agresión de que fuera objeto, dijo á los marineros sin perder su calma sajona:

—Ese hombre, haberse vuelto loco con la lotería... Métanlo en la barra porque es capáz de dar fuego al buque......

Y mientras tanto yo, furioso, delirante, mordiendo á los marineros que me conducían, bajaba al sollado ya perdida toda mi fortuna y además, reputado como loco, el capitán volvía á tomar asiento frente de su batería de botellas, dispuesto á correr el temporal entre dos aguas: por abajo agua salada y por arriba agua... ardiente.

V.

## EL NAUFRAGIO

Cuanto tiempo permanecí arrojado en el fondo de la cala y sujeto á la barra? No podía decirlo. La ira violenta que hervía en mi corazón, había turbado á tal extremo mis sentidos que perdí por completo la noción del lugar y del tiempo. Dolíame horriblemente todo el cuerpo, sentía una sed abrasadora y lo que es peor, me hallaba imposibilitado de conciliar el sueño, el cual llamaba con todas mis fuerzas, porque todo en torno mío gemía y chirriaba. Los bandazos eran terribles y el balance espantoso al punto que más de una vez quedé colgado de las amarras que me sujetaban, afectando el aspecto de un ahorcado.

Estruendosos golpes resonaban sordamente sobre mi cabeza, como la caída de grandes moles, como si los palos del *Lusitania* se vinieran abajo en todo su imponderable peso.

...cinación, creía distin-
...arles y á Mr. Coswell
...rdónica al propio tiem-
...alegos de oro que re-
...ellos veía á Mr. Scoll
...us botellas de alcohol
...e con dedo vacilante.
...o loco con la lotería!...
...poder pegar fuego al

...ficientes para incendiar
...no en el mismo sitio
...a fiera rabiosa. ¡Que
...ndiera en las profundi-
...ban los ladrones mise-
...de mi fortuna!
... empecé á reflexionar
...nte la travesía y no me
...Charles y sus dos com-
...desdicha. Sí, cuando
...mi camarote y yo salí
...la, uno de ellos tal vez
...necía siempre en las
... aposento, extraído la
...na y robado el recibo.
... había sido posible á
...pitán Scoll el billete

...*tania* no tenía la mas

pequeña participación en el robo y yo había procedido como un estúpido al arrojarme sobre él y aporrearlo sin piedad......

Ahora lo veía yo todo claro. Aquéllo era la obra reflexiva y serena de criminales acostumbrados á llevar á feliz término parecidas empresas. ¿A qué revolverme iracundo contra el capitán Scoll y los demás pasajeros si nunca como entonces era necesaria la calma más completa para apoderarse de los criminales y rescatar mi perdido tesoro?

Haciéndome estas reflexiones, contemplaba el moribundo farolito que alumbraba la cala y el cual suspendido de una cuerda trazaba con las costillas del buque, un ángulo tan agudo que casi tropezaba con la pared de babor. El *Lusitania* por lo tanto, estaba echado sobre un costado y era ya juguete del viento y de las olas.

Un horroroso concierto de gritos espantados que partía de lo alto, me hizo incorporar en cuanto me lo permitían las cuerdas, al propio tiempo que un ruido de pasos se aproximaba.

A la mortecina luz del farolito descubrí á Mr. Pearson, el segundo oficial de abordo, que se acercaba á mí con la vista espantada llevando en la diestra, desenvainado un largo cuchillo.

Quise gritar; pero la voz quedó ahogada en mi garganta. Mr. Pearson cortó con rapidez las cuerdas que me sujetaban, al propio tiempo que me decía:

—Suba Vd. Sr. Ramírez: el *Lusitania* se va á pique.

Ni diez minutos nos quedan para dirigir el salvamento. Hay una vía de agua cerca del hélice....

No pudo decir más: nos encontramos de pronto con el agua á media pierna. El *Lusitania* carecía de compartimentos estancos y no podría resistir más que breves momentos aquella inundación.

En diez segundos estábamos arriba. El capitán sobre el puente, hacía arrojar al mar los botes. Tenía en la mano empuñado un gran revólver, con el cual amenaza volar los sesos al que interrumpiere la operación ó pretendiere salvarse antes que las mujeres, los niños y los hombres de edad. Cerca de la cámara de segunda, asidos de unas járcias, encontré á los Baronet postrados por el terror.

El viejo padre de familia me miró con angustia y me alargó la mano.

—¡Adios, amigo mio, hasta la eternidad!—dijo soltándosele una lágrima.—Dios lo ha dispuesto... es preciso morir.

—Animo, amigos mios...... no se ha perdido aún toda esperanza.

En aquel momento se oyó la voz del capitán que gritaba:

—No hay que apurarse... se ve tierra cerca... es una isla...

Al pasaje le volvió la noticia, el alma al cuerpo. Todos se lanzaron á la obra muerta para ver si el anuncio de Mr. Scoll era cierto. Sí, no cabía duda. En el norizonte se descubría distintamente, á algunos cientos

de brazas el perfil oscuro de una isla al parecer. Se descubría el verde de los árboles recostándose sobre el fondo sucio del cielo.

El tiempo había calmado de repente. Amainó el viento y el mar se fué tranquilizando; pero ¡ay! que importaba esto si el piso se hundía bajo nuestras plantas.

Todos los botes fueron lanzados al mar provistos de alguna agua y carne salada. En esta operación se ahogaron seis pasajeros y dos tripulantes. A mí me tocó embarcar con la familia Baronet, en el bote que mandaba Mr. Pearson el segundo oficial, con seis remeros. Ibamos estivados sobre sesenta pasajeros de todos sexos y edades.

Pronto se cubrió el mar, en torno nuestro de botes y balsas, á la vez que de diferentes objetos que eran arrojados para que la corriente los llevara si era posible á la isla á que pensábamos abordar.

El *Lusitania* se hundía por momentos y no obstante, Mr. Scoll no abandonaba el puente. Los botes se alejaron del perdido buque para no ser arrastrados por el remolino, al sumergirse el hermoso vapor.

Entonces gritó Mr. Scoll desde la toldilla;

—Adios amigos mios.

Se escuchó la detonación de un arma de fuego, y el capitán del *Lusitania* desapareció de su observatorio. Se había volado los sesos para perecer con su buque.

—Ha cumplido con su deber—dijo descubriéndose Mr. Pearson.—Yo hubiese hecho lo mismo.

En aquel punto, los marineros que tripulaban el

bote en que íbamos rumbo al islote citado, levantaron los remos en alto.

Saludaban á Mr. Pearson, virtualmente convertido en su capitán por fallecimiento de Mr. Scoll. Mr. Pearson saludó de pié y gobernó hácia la isla que se destacaba claramente cada vez más próxima.

Eran las seis y media de la mañana cuando el *Lusitania* se hundió en el abismo.

---

## VI.

## EN LA ISLA BERMEJA

Henos aquí vogando en conserva, doce ó catorce embarcaciones menores rumbo á la primera tierra de América que se mostraba á nuestra vista; pero tierra perfectamente desconocida en la cual, seguramente, nos esperaban grandes trabajos y nuevas tribulaciones.

Cercano como estaba al nuevo capitán Mr. Pearson le pregunté:

—¿Conoce Vd. la isla á la cual llevamos rumbo?...

—A ciencia cierta no—me contestó.—Puede ser alguna del grupo de los Triángulos, puede ser, tal vez, la isla Bermeja y me inclino á creer esto último juzgando por el color rojizo que muestra al ser herida por el sol naciente. A las doce podré decirlo con seguridad después que tome la altura.

Navegábamos con gran lentitud, no solamente por

precaución, pues el bote llevaba excesivo pasaje y podía zozobrar, sino para no separarnos de las demás embarcaciones que tras de la nuestra venían, llevando el rumbo que les fijaba Mr. Pearson.

Eran como las once y se dejaba sentir el sol de un modo extraordinario para nuestras cabezas desprovistas de sombrero. Nadie había comido el día anterior y el hambre empezaba á mortificar á todos.

—Falta una hora de travesía, señores—dijo el capitán—pronto habremos tomado tierra y allí procuraré satisfacer todas las necesidades dentro de los recursos que poseemos que son bien reducidos por cierto.

Volvimos á quedar silenciosos devorando la impaciencia que interiormente nos consumía. A cincuenta brazas de nuestro bote navegaban tres más y algo más lejos, desperdigados por aquellas aguas que aún conservaban la blanca espuma de la tormenta se descubrían las demás embarcaciones.

Nuestro bote fué, por lo tanto, el primero que arribó á la isla, aprovechando un playazo en el cual varó, yéndose de lado. Todos saltamos á tierra metiéndonos en el agua hasta la rodilla y dando gracias á Dios por habernos salvado del inminente peligro.

Iba á ascender con los demás cuando me acerqué á la familia Baronet, transportando á las dos mujeres en brazos hasta tierra firme.

Laura, algo mas animosa que sus padres, me dió las gracias con triste sonrisa; pero mirándome de una manera singular que equivalía á esta pregunta:

—¿Pero es verdad que la lotería le ha vuelto á Vd. el juicio?......

Ya llegaría el momento oportuno de explicar á mis buenos amigos al suceso que se había desarrollado abordo. Por entonces, lo que yo necesitaba era hablar confidencialmente con el capitán, antes de que los demás náufragos arribaran á la isla.

Apreté el paso para alcanzar á Mr. Pearson que había ganado una altura desde la cual procuraba fijar la longitud y latitud geográficas con el octante.

—Lo que decía á Vd. amigo mio—me dijo al verme á su lado—esta es la isla Bermeja situada entre los 91° de longitud y los 22° de latitud del meridiano de Greenwich y muy próxima á Mérida de Yucatán, aunque no esté en el derrotero usual de las líneas de vapores del Continente y las Antillas.

—Tengo que hablar á Vd. reservadamente—Mr. Pearson—le dije en voz baja.

El capitán me miró como diciendo:

—Que nueva locura se le ocurrirá á mi amigo...

—Puede Vd. hablar—dijo—siéntese Vd. aquí á mi lado.

—Pues bien: empezaré por preguntar á Vd. capitán: ¿Ha creído Vd. en mi locura?...

—Amigo mio... en verdad que solamente á un loco se le ocurre hacer lo que hizo Vd. con el difunto Mr. Scoll... ¿Que ofensa le había inferido á Vd. para pretender matarlo á botellazos?...

Mr. Pearson ignoraba, pues, la historia de mi billete

y me apresuré á referírsela por entero. Mostróse asombrado.

—Realmente, son hábiles esos criminales; pero no me explico como pudieron sorprender al capitán Scoll á no hallarlo bajo la influencia de una borrachera.

—Eso habrá sucedido—repuse.—Mr. Scoll estaba siempre á medios pelos...

—Pero bien... los autores de esa suplantación vendrán entre los náufragos de esos botes...

—Lo supongo: más, ¿no pudiera ocurrir que procuraran evadirse para cobrar mi billete antes de que yo pudiera recobrarlo?...

—Muy cierto—dijo el capitán--pero de todos modos ha hecho Vd. perfectamente en comunicarme el asunto. Por de pronto como capitán soy la primera autoridad en esta isla y... ya verá Vd. como logro dar con los criminales y tambien con el robo.

Dí las gracias á Mr. Pearson, por su desinteresada cooperación y ya más tranquilo, me aproximé á la familia Baronet que se había sentado á la sombra de unos árboles en espera de algún alimento que calmara su hambre.

El capitán hizo repartir raciones de galleta, carne salada, ron y té á los náufragos del primer bote. Agua había abundante en la isla que podría tener trer leguas superficiales de extensión y que cruzaban varios riachuelos nacidos en un pequeño monte situado al este.

Cogí mi ración y fuí á unirme á los Baronet, á quienes pedí permiso para comer en su compañía.

—Bien venido—dijo alegremente el viejo valenciano—lo que siento es no poder ofrecer á Vd. una silla en esta mesa.

Cuando dimos satisfacción á la necesidad que nos espoleaba, creí llegado el momento de comunicar á mis amigos todo cuanto les había reservado abordo.

Un coro de exclamaciones de asombro acogió mi confidencia.

—¡Ah bandidos!...—exclamó el Sr. Baronet—esos son los que empujaron la puerta de mi camarote.

—Pero amigo Ramírez—preguntóme con ingenuidad doña Visitación—¿porqué no da Vd. un aviso enseguida al jefe de policía de este país?...

—Por la sencilla razón de que en esta isla desierta no hay policía ni cosa que se le parezca...

—Se equivoca Vd. de medio á medio, señor Ramírez—oí decir á mi espalda—Existe ya un cuerpo de policía creado por mí hace diez minutos y no tan solo eso sino una cárcel para detener á todo criminal.

Era Mr. Pearson que venía á ocupar un sitio en nuestra rústica mesa, después de haber dado todas las disposiciones necesarias para que ningún bote dejara de atracar á la Bermeja y ningún náufrago de presentarse para ser apuntado en el Registro.

--Mire Vd.--añadió el capitán—¿No vé Vd. ese bote de seis remos, que lleva al timón al segundo contramaestre?

—¿Ese que se aleja de tierra?...

—El mismo... pues ese bote es el de la policía...

va á recorrer el litoral para impedir que los náufragos atraquen por distintos puntos ó que algún bote pretenda ganar la costa de Yucatán. Aquí hemos de correr todos la misma suerte... ¿Se podrán evadir los ladrones de su billete?...

—No, ciertamente repuse.

—Pues, entonces, silencio y no hablemos más del asunto. Eso corre ya de mi cuenta.

Cuando se alejó Mr. Pearson de nuestro lado para atender á los demás botes que llegaban, pregunté al Sr. Baronet:

—¿Ha salvado Vd. sus papeles importantes?

—¿Cuáles?

—Los que prueban su estado civil para reclamar la herencia de su difunto hermano en Méjico.

—Por fortuna en los primeros momentos de peligro se me ocurrió coserlos á mi camiseta interior y...... aquí están bien guardados.

—Perfectamente: ahora cuando se hable del asunto no deje Vd. de lamentarse públicamente de que su viaje á Méjico resulta casi inútil, habiendo Vd. perdido en el naufragio no solamente todos sus valores sino también sus papeles. No olvide V. que ambos somos objeto de la vigilancia de esos bandidos. Hay que ser más sagaces que ellos para poder vencerlos.

Pronto quedó instalada lo mejor que se pudo, la nueva colonia en la isla Bermeja. Era ésta relativamente fértil pudiendo recogerse algunas frutas á la vez que en su litoral se pescaban á diario algunos peces y mariscos.

El capitán Pearson instaló un semáforo en lo alto del pequeño monte para hacerse entender de los buques que cruzaran á la vista, pero á la vez organizó una expedición mandada por el segundo oficial, en uno de los mejores botes de la flotilla, para que utilizando el buen tiempo viera de arribar á la costa de Yucatán á pedir auxilio al cónsul inglés. Dicha expedición debía salir en cuanto levantara el tiempo que aún se mostraba muy sospechoso. Entre tanto hizo arrastrar todos los botes á tierra, constituyendo un centinela junto á ellos para que nadie pudiera salir de la isla.

Esta precaución se encaminaba como comprenderá el lector, á evitar que los tres criminales autores del robo de mi billete, pudieran lanzarse á la empresa de arribar al continente.

Además se creó una patrulla que en diferentes grupos recorría el litoral con orden de hacer fuego sobre todo el que pasease la costa después de la puesta del sol.

Mr. Pearson estableció también un almacén para las provisiones y con troncos, ramas y algunas tablas que proporcionaron las balsas de salvamento, hizo construir un gran barracón donde nos alojamos todos los náufragos, con alguna estrechez; pero á cubierto de las inclemencias del tiempo y sobre todo del relente de la noche, fatal para los europeos.

El capitán desplegó una actividad prodigiosa y una inteligencia excepcional y á los tres dias de nuestro arribo á la isla no veíamos tan negro el porvenir como en un principio.

El único que se mostraba hondamente preocupado era el Sr. Baronet que preguntaba á cada momento:

—¿Pero está Vd. seguro de que esta isla no estará habitada por salvajes?

--Segurísimo... de lo que no estoy tan seguro es de si al fin acabaremos por convertirnos nosotros en salvajes.

## VII

## UN BOTE AL AGUA

DESDE que arribamos á la isla Bermeja, no había tenido ocasión de volver á ver á Mr. Charles, á Mr. Casvell y á su socio. Era de colegir que se hubiesen salvado; pero tal maña se habían dado para ocultarse que ni aún Mr. Pearson, gobernador de la colonia que tenía recursos especiales para averiguar el paradero de aquellos tres pillos, estaba menos ignorante de ello.

Yo presumía, que temerosos de que al fin fuera descubierto su delito, al desembarcar en el islote se habían emboscado y hallaban medio de subsistir con frutas y raices, escogitando, mientras tanto, el medio de emprender la fuga.

Mas como no les salieran alas ó no abandonasen la isla en globo, difícilmente podrían llegar á la costa, estando los botes en tierra, constantemente vigilados por

orden de Mr. Pearson que comprendía que sin ellos toda evasión sería imposible de realizar.

El tiempo no abonanzaba. Estaba el mar imponente y las rachas desgajaban los árboles del islote, haciéndonos temer que por entonces no sería fácil ni racional el enviar la expedición proyectada al mando del segundo oficial, á Yucatán.

El semáforo había resultado también inútil. Ni una sola vela, ni la más pequeña columna de humo se descubría en el horizonte, demostrando que el islote como había dicho muy bien Mr. Pearson no se hallaba en la ruta ordinaria de los buques que atraviesan el golfo de Méjico. Era preciso, pues, resignarse por algún tiempo á la vida primitiva, aún cuando esto nos doliese. No faltaba que comer; pero si nuestro aislamiento se prolongaba un mes más, tendríamos que hacer la vida de salvaje.

Una tarde, hallándome en la playa con Mr. Pearson hice recaer la conversación sobre la extraña ausencia de los que consideraba autores del robo de mi fortuna.

—Esos andan por el monte—dijo sonriéndose el capitán.—Creen hallarse á salvo y poder abandonar este islote cuando les acomode; pero no cuentan conque voy á darles una batida y á traerlos amarrados.

Entonces le dije que si me daba su permiso y me facilitaba dos marineros resueltos, yo me encargaba de echarles mano.

—Creo que toda tentativa en este sentido es prematura—me respondió Mr. Pearson.—Déjelos Vd. que

hagan vida de anacoretas en el desierto. Sin carne y sin ron, deben hallarse divertidos. ¿Que más correccional?

No me convencieron las razones del capitán; pero como á él le tocaba mandar y á mí odecer, guardé silencio y al poco rato llevábamos la conversación por otros rumbos.

Era casi anochecido: el capitán con su catalejo exploraba el horizonte, tarareando entre dientes una vieja canción de su país. De repente se levantó como movido por un resorte:

—¿Que es aquello?... ¿No es un bote tripulado por tres marineros?... ¿Será que hoy el ron me hace ver visiones?...

Y me alargó el anteojo.

—Si, es un bote y en él, con certeza, se van los autores de mi desdicha.

Arrojé el catalejo y me arranqué los cabellos con desesperación.

—¡Todo se ha perdido!—exclamé desolado.—Ya no hay remedio......

Mr. Pearson se encontraba ya junto al centinela que guardaba las embarcaciones. ¡Estaban completas! No faltaba ningún bote, ni chico ni grande.

—A ver, los seis mejores remeros al bote mediano—gritó el capitán.—Cinco minutos bastaron para que la orden fuera cumplida. Doce robustos brazos lanzaron la embarcación al agua, Mr. Pearson se puso al timón y me invitó á ocupar un asiento á su lado.

—¿Quiere Vd. venir? No todos los dias hay oca-

sión de presenciar una regata. Y que ésta—añadió—tiene medio millón de premio.

—Amigos—dije á los marineros—con permiso del capitán...... veinticinco duros de gratificación á cada uno si apresamos ese bote.

Volaba la buceta del *Lusitania* sobre el lomo encrespado de las olas. Mr. Pearson animaba con una voz peculiar á los marineros que vogaban con furia estrechando cada vez más la distancia que nos separaba del bote fugitivo. Yo con las uñas clavadas en la borda, seguía aquel torneo de fuerza y de destreza con ansiedad terrible.

—Ya me explico el caso—dijo de pronto Mr. Pearson--Ese bote es el más chico que llevabamos abordo. Quedó amarrado á la escalerilla de babor para el pobre capitán Scoll. Tal vez al hundirse el *Lusitania* se rompió la cuerda y el bote al garete, ha venido á dar en alguna ensenada de este islote, apoderándose entonces de él esos canallas. Pero no es caso perdido... la embarcación es muy chica para el mar que tenemos. Dentro de una hora es nuestra.

Y dicho esto, dirigió en inglés una voz de aliento á los remeros. El bote cortaba con rapidéz regular el agua. Habíamos ganado un gran trecho y ahora la distancia iría menguando sin necesidad de gran esfuerzo. Lo peor de todo era que la noche se venía encima. Escasamente podriamos disponer de una hora de luz para aquella persecución que se haría mas dificultosa en las tinieblas.

Transcurieron veinte minutos más, durante los cuales nadie pronunció una palabra. Solo se escuchaba la palada del remo al batir el agua, la rompiente al quebrarse en la quilla del bote y el aliento fatigoso de los remeros que ansiosos de ganar el premio ofrecido, sacaban fuerzas de flaqueza.

Pero el éxito mas completo coronó nuestra empresa. A menos de veinte brazas cabeceaba el bote blanco del *Lusitania*, malamente tripulado por aquellos tres facinerosos que iban á caer en nuestro poder.

—¡Remos á dentro!—gritó Mr. Pearson poniéndose de pié sobre la embarcación y amenazando con su revolver á los fugitivos. Estos no respondieron sino que apresuraron su bogar, jugando el todo por el todo.

—Un esfuerzo más, muchachos—dijo en inglés el capitán—Ya son nuestros. En efecto: á bordo del bote chico parecía haber ocurrido algo de extraño, pues ya no se veía mover los remos. Se rendían á discreción.

Diez minutos mas tarde, el bote fugitivo, amarrado á un cabo, era remolcado por nosotros hasta la caleta del islote. Los ingleses que habían pretendido burlar la vigilancia de Mr. Pearson, atados codo con codo fueron conducidos al barracón, entre cuatro marineros armados de revólver y cuchillo.

A la mañana siguiente serían juzgados por un consejo de oficiales presidido por el capitán del desaparecido *Lusitania*. Se les acusaba de robo abordo, de sustracción de un bote y de desobediencia á la única autoridad reconocida en el islote.

## VIII

## Mr. PEARSON, JUEZ

YA se había hecho público entre los náufragos del *Lusitania* el robo del billete. Por lo tanto, tuve que referir con todos sus pormenores el suceso ocurrido abordo del trasatlántico mostrandose cuantos acerca del asunto me interrogaron, conformes conque el cápitan Pearson estaba en el deber de hacer justicia. Por esta circunstancia fué presenciado el Consejo por todos mis compañeros de infortunio, ansiosos de presenciar un acto completamente nuevo en la crónica de los tribunales: tres malhechores juzgados por un tribunal improvisado en una isla desierta.

A las ocho de la mañana se reunió el Consejo compuesto de la oficialidad del *Lusitania* y presidido por el capitán Pearson. Empezó éste por referir las circunstancias del hecho, agregando que había sido un robo cometido abordo y que por lo tanto, estaban en el derecho de castigar los jefes del buque.

—La circunstancia—agregó—de haberse ido á pique el *Lusitania*, no quita el derecho que me asiste á hacerme obedecer del pasaje y la tripulación, porque ante las autoridades marítimas de Inglaterra, tendré que dar cuenta mañana de todos mis actos y ha de pedírseme muy estrecha de los delitos que se hayan cometido durante mi mando. Ahora que pasen los acusados.

Cuatro marineros armados hicieron penetrar en el lugar de la Audiencia á los fugitivos.

—Están Vds.—dijo Pearson—ante un Consejo de guerra debidamente constituido ¿Cuales son sus nombres y condición?

Los acusados guardaron silencio. El capitán ordenó que un marinero registrase escrupulosamente á los tres ingleses que se negaron á pronunciar una sola palabra en su defensa. Dentro de la cartera de Mr. Charles se encontró mi billete.

—¿De quien creen los pasajeros del *Lusitania* que es este billete de la loteria de España?...

Cien voces pronunciaron mi nombre.

—Acérquese Mr. Ramirez—dijo el capitán—y recoja lo que le pertenece.

Y me alargó el billete premiado, origen de todos mis disgustos.

—Guárdelo Vd. bien—dijo— porque no respondo de que pudiera recobrarse otra vez y tenga Vd. presente, que no se ha sacado una vez sola la lotería sino dos. Es Vd. un hombre de suerte.

—Ahora—continúo—los autores del hecho cuyo delito está demostrado, quedan presos hasta que puedan ser entregados á las autoridades inglesas. Si reincidieran ó pretendieren huir, oiganlo Vdes. bien—dijo á los tres pillos que permanecían silenciosos—sérán Vdes. ahorcados porque sería una lástima gastar pólvora y balas.

Levantada acta, Mr. Pearson la hizo firmar por todos los pasajeros y tripulantes del *Lusitania*, guardándola después en el libro de abordo.

Así terminó el acto que de nuevo me puso en posesión de una fortuna que ya consideraba perdida para siempre.

Los tres bandidos amarrados por el tobillo fueron conducidos á un extremo del barracón, donde se les puso un centinela de vista. Mr. Pearson que tan evidente prueba dió de su rectitud y á la vez del aprecio que me profesaba, vino á estrecharme la mano recibiendo á la vez las felicitaciones de todos. La familia Baronet sobre todo que había vivido muchos dias en gran sobresalto desde que supo que era objeto de la vigilancia de aquellos bribones, pudo dormir tranquila sin miedo á que vinieran á arrebatarle los documentos que guardaba y que habían de ponerla en posesión de la herencia.

Aquella misma noche, antes de entregarme al descanso, me acerqué á mis amigos y dirigiéndome al señor Baronet dije:

—Amigo mío: dice Mr. Pearson que yo soy un hom-

bre á todo extremo dichoso y que, además, no me he sacado una vez la lotería, sino dos. Yo soy insaciable y no me contento con los dos premios recibidos: quiero tres... veremos si esta vez la fortuna me vuelve las espaldas. Tengo el honor de pedir al Sr. Baronet la mano de su hija Laura.

El viejo valenciano miró primero á su esposa, después á su hija, luego á mi y por último á Laura, otra vez, que mostraba un semblante sorprendido,pero no enojado.

—¿Tú que dices, niña, de esa petición?...

—Yo... lo que ustedes quieran, padres mios.

—Vamos—repuso alegremente el Sr. Baronet—ya sé lo que quiere decir esto. Sr. Ramirez, me siento muy satisfecho y honrado con su petición y acepto á V. por yerno, bien seguro de que hará V. felíz á mi hija.

—Y ahora—le dije á Laura—¿cree V. aún que estoy loco?

Nuevamente sentí aquella voz amiga que acostumbraba á sorprenderme con inesperadas respuestas.

—Ahora debe creerlo mas que nunca, Sr. Ramirez.

—¿Y por qué, capitán Pearson?

—Porque un hombre de veintiseis años dueño de medio millón y que se casa... es un loco de remate.

Y acompañó su salida con una carcajada.

—No obstante—añadió—haré una salvedad: por una niña tan bella como esta señorita, creo que yo me haría acreedor á la camisa de fuerza.

Laura me estrechó la mano en silencio y demostró con ello, de una manera muda, que nunca me había tenido por loco.

## IX

## LA VUELTA A EUROPA

TRES dias después todo el pueblo improvisado de de la isla Bermeja se agolpaba en el playazo á donde arribamos la mañana del naufragio. Un magnífico bote, el mejor de la flotilla, arbolado de balandro y con ocho de los más vigorosos remeros, partía rumbo á Yucatán al mando del segundo oficial del *Lusitania.*

Proveyósele de alimento y agua para algunos dias y aprovechando el terral del crepúsculo vespertino, partió acompañado de los votos de todos para el continente.

Hasta que se perdió el último extremo de su palo mayor en el mar, lo acompañamos con la vista. ¡Con él iban nuestras más caras esperanzas!

Puede colegirse en que atróz incertidumbre permaneceríamos; pero al fin, cerca del octavo dia, vimos aparecer en el horizonte una ligera columna de humo y minutos después la arboladura de un magnífico vapor, que lucía en su popa la bandera inglesa.

Pronto vimos destacarse un bote del vapor el cual llegó pronto á tierra. En él venía el valiente oficial que mandara la expedición, á quien abrazamos agradecidos. Poco después todos los náufragos del *Lusitania* ocupando la flotilla en que habíamos hecho nuestro salvamento, nos dirigíamos al vapor *Escocia*, de la misma compañía, siendo recibidos con gran afecto por su capitán y los oficiales á sus órdenes. A los dos dias anclabamos en el hermoso puerto de Mérida.

La familia Baronet, que ya era mi propia familia, llevó á cabo en pocos dias la misión que la había conducido á América preparando entonces nuestro regreso á Europa en el mismo vapor *Escocia* que nos había recogido en la isla Bermeja.

Los causantes de mis pasados sinsabores fueron entregados á las autoridades de Méjico, para que los devolvieran cuando fuesen reclamados por las inglesas.

Para poder regresar al país natal más unidos que lo habíamos abandonado, celebré mi boda con la hermosa Laura en Méjico, aplazando para el día en que llegásemos á Barcelona las fiestas naturales. Mr. Pearson regresaba con nosotros á Europa, y como el vapor *Escocia* hacía escala en Barcelona deteniéndose algunos dias, aceptó la invitación que le hicimos de hospedarse en nuestra casa y de asistir á las fiestas de nuestro matrimonio.

..........................................................................

..........................................................................

Y preguntará ahora el lector curioso: ¿Por qué se

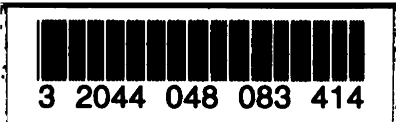
titula este libro *De Navidad?* Veremos de explicarlo aunque ello robe una ilusión al que creyó pasar la vista por una verdadera historia.

Obedeciendo á esa fuerza secreta que nos arrastra á desear lo que no tenemos, el autor, en plenas Páscuas compró un billete de la lotería extraordinaria de Madrid, ya de ésto hace muchos años.

La juventud es dada á soñar. En posesión de aquel pedazo de papel, que podía de la noche á la mañana convertirse en muchos papeles de esos que tienen fácil cambio en oro contante y sonante, se durmió y... soñó que... ¿pero á que repetir todo lo que ya el lector conoce?...

Es un cuento, pues, este, de Navidad que tendría un sabor más marcado si la lotería existiera entre nosotros, cosa que, por fortuna, no ocurre, resuelto como está el interventor á que aquí no se saque nadie la lotería mas que él.

FIN.



3 2044 048 083 414